

Guillermo Díaz Plaja

Poema de la mujer y del hombre



ESTA pupila que acecha desde su laberinto
[encantado,
esta armonía de rizos que escriben «acércate»,
esta sonrisa mojada de alegría y blancura,
¿saben que obedecen a un mandato del cosmos?

Madrigales y rosas,
retroceden;
un tremendo y llameante misterio lo llena todo.
Cuidado.

Esta es la Vida.

Detrás de los ademanes gentiles,
palpita como un corazón dentro de la caja del pecho,
y al acercarnos, por encima de todo,
nos da la alternada presencia de la mujer y del hombre.

Todo se cuaja en el doble signo contradictorio:
Las torres son viriles y los lirios doncellas,

el horizonte es varón y el mar una hembra suspirante,
la cordillera ruge al lago que sonríe,
el color de la tierra requiebra el matiz de la rosa,
y el hombre gira en torno de la mujer.

No hay un mundo, hay dos mundos:
hay el mundo de lo duro y de lo acerado y de lo
[violento,
y hay el mundo de lo frágil, de lo desmayado y lo
[tenue;
y he aquí que la seda es tan fuerte como el diamante,
la dureza del hierro se rinde a la blandura de las ma-
[nos rosadas,
la corola inclina el tronco de los árboles
y una sonrisa imanta la altivez de los héroes...

Y sin embargo, a veces,
estas cósmicas potencias cuyo espasmo crea el mañana
se erizan de odios secretos y terribles;
la hembra se enrosca pérfidamente a la virilidad
y clava sus uñas implacables como diez estiletes de
[acíbar;
acechándose silenciosamente los montes locos de cólera
y las amapolas ágiles de astucia;
se agarrotan los músculos de los tigres
para evitar el aguijón de los lirios
y hay Sansones caídos en pozos de vergüenza
y cínicamente triunfadoras Dalilas.

No es cierto que la armonía atraiga los sexos;
hay solapados combates debajo de cada beso,
en los abrazos subterráncos, estrangulaciones,
y asesinatos sutiles en los idilios de las miradas.
No es cierto que la vida surja del amor y del éxtasis:
hay un fondo demoníaco de ademanes
que frenéticamente se escupen sus desprecios.
Un monte de ira levanta la esclavitud milenaria
en la que la mujer fué una rosa o un pájaro;
un sollozante resentimiento bulle en los pechos viriles
por su derrota ante tanta feminidad suspirante
y se derrumban las cortesías provenzales
ante un huracán de iras troglodíticas.
Espadas flamígeras arden
en el lugar donde florecieron sonrisas,
y hay, abierto, un abismo tremendo
donde estuvo el arco de la armonía.

Así yo te canto ahora, dulce mujer enemiga,
a quien los siglos han dado la perfidia de los esclavos,
mujer salomónicamente retorcida en tu angustia,
hoguera crepitante de los instintos oscuros.
Algo inmenso y terrible te llama desde el fondo
de las maternidades que gimen en el tiempo,
férreos nervios restallan bajo la piel de seda
y en el lago de las más serenas pupilas
hay tempestades de iracundia oceánica;
afilando el dulce cuchillo de tu sonrisa,
la llama blanca de tu mano acariciadora,

el fino látigo de tu voz de plata antigua,
la violencia de tu frente de mármol,
culebreando entre las torres viriles,
acechando las espaldas tranquilas,
mordiendo en el lugar del beso,
suspirando en desfallecimientos fingidos
o entornando los ojos con dulzura inefable,
¡oh rosa maravillosa y terrible!,
dominadora con espada de seda
fiel a las órdenes tremebundas del sexo,
atas al varón fuerte a tu instinto cerrado,
logras su derrotada presencia,
y ordenas las arquitecturas serenas del mañana.
Todo en ti es un mensaje de Cosmos inmenso,
todo en ti es semilla depositada en la historia,
todo en ti tiene la segura conciencia de un destino
[supremo.

El varón pasa, pero tú permaneces;
anclada en la existencia con tu valor de semilla,
con tu sacro carácter de tierra en cuyo surco
la simiente se enciende en una vida nueva.
Nada te arranca, porque estás segura
que tu raíz ha de gritar a todos
tu condición de centro del universo.
Tus puñales son líneas que no pueden torcerse;
las lágrimas, el riego de tu fruto en progreso;
tu sonrisa, el imán cósmico con que encadenas la fuerza.

(... y en la cumbre de tanta feminidad vindicadora las mujeres oscuras que en tus alcobas increíbles cotizan heladamente sus besos y escupen al hombre su desprecio y su miseria).

Succionadora raíz del mundo
haces entrar en vértigo la mentida seguridad de los
[hombres.

Tras las máscaras de los dulces maquillajes rosados, tremendas palideces dictan órdenes a los sentidos, se dibujan perfectas sonrisas sobre bocas sedientas y azules círculos de misterio para miradas demasiado evidentes.

Pero también, déjame que olvide la acritud de mi voz, y te cante desmelenada y frágil criatura, arrebatada en el azar y el viento; déjame que entrevea el pozo de tus lágrimas donde gime hace siglos la rosa atropellada de tu
[dulzura
y perdóname por haber gritado fuerte.

Dulce enemiga que se defiende a besos,
rival que se arrebuja en nuestro propio grito.

Bendito sea Dios que ha permitido que todo un cielo quepa en unos ojos; que millares de lirios se alambiquen para dar resplandores a una frente;

que muchos mazos de claveles rojos
destilen su color en unos labios

y que una quintaesencia de trigales
llene de sol las cabelleras rubias.

Bendito sea Dios que dibujó el perfil de Beatrice
y la delgada palidez de Laura,
y domeñó el furioso gesto de los hombres duros
para darles el alma de los trovadores.

Inmensa fuerza telúrica

a través de la sonrisa y el sexo,

—Madre, Esposa, Amiga, Hermana—.

Mujer.